

¿DE QUE LUGAR SON ESTAS VENTANAS?

Por Antonio FERNANDEZ-ALBA



«standard» que refleja con precisión las leyes de la armonía.

VIDA Y RELACION

SI como muy bien precisó L. Mumford «La ciudad es el signo de las relaciones sociales integradas», la imagen arquitectónica que nos proporcionan estos parámetros es un claro conjunto de signos en cuyo significado queda patente la vida de los hombres y su relación con las cosas. El lenguaje arquitectónico, como es sabido, se agrupa en tres niveles de significados: los signos urbanos, los signos propiamente arquitectónicos y los signos adscritos a los objetos de uso (diseño industrial); qué alto grado de coherencia entraña la galería en el paisaje urbano de Galicia, que sin dejar de ser arquitectura se convierte en urbanística y asumiendo este papel se transforma en un objeto de uso individualizado, ejemplo bastante diferente de las arquitecturas de especulación inmobiliaria que destruyéndose como arquitectura, desvirtúan la ciudad y hacen perder la identidad de los objetos.

Realmente, sin la arquitectura la ciudad no existe, ante propuestas arquitectónicas como las que podemos contemplar en las páginas del libro, se hace necesario y urgente preguntarse si la pseudo-arquitectura de la ciudad de nuestro tiempo no está excluyendo deliberadamente la solución artística, y de ser así convendría no olvidar la recomendación de G. C. Argam:

«La supervivencia del arte en el mundo del mañana, cualquiera que sea, dependen sobre todo del proyecto que el arte de hoy hace para el arte de mañana.»

La lección del bienestar urbano que estas arquitecturas proporcionan es un punto de reflexión ante los degradados medios ciudadanos de nuestras recién estrenadas ciudades; la incidencia del coste social que encierra la miseria urbana actual está aún por enunciar por nuestros economistas y sociólogos. A este bienestar ciudadano que representa una arquitectura concebida al servicio de la comunidad tendríamos que añadir el alto grado de racionalidad que lleva implícito el diseño arquitectónico cuando está amparado por la legitimidad de una forma social, materiales, leyes compositivas, técnicas de construcción, necesidades y usos están subordinados a crear una imagen arquitectónica con los niveles de simplicidad, fruición estética, de utilidad práctica... que señalan estos trabajos.

JUSTO LUGAR DE LA ARQUITECTURA

QUE diferencia de las habituales imágenes a que nos someten los promotores del espacio contemporáneo, «vender y continuar», ese es el

dogma que preconiza la nueva religión del consumo planificado. Condicionados a aceptar sus fetiches habituales, no llegamos a distinguir las necesidades reales de nuestro medio de las necesidades establecidas por los legalizadores de la arquitectura indiscriminada. Ante ejemplos como lo de estas arquitecturas populares, en su sentido más estricto, nuestra actitud ante la creciente destrucción del ambiente debe cambiar para tomar conciencia de una forma más efectiva y menos ambigua al de los compromisos inoperantes, agobiados de tanta crítica radical a la forma arquitectónica, que en muchas ocasiones sólo pretende justificar la incapacidad para construir de forma racional el espacio de nuestra época, debemos intentar descubrir los obstáculos auténticos que detentan y hacen excluyente el justo lugar de la arquitectura en la ciudad.

Con estas generalizaciones no pretendemos señalar un retorno a la tradición monumental de la arquitectura ni, por supuesto, a una seguridad formal, tan querida por los neoclásicos de las últimas vanguardias, la primera (tradición monumental) por inviable, la segunda (seguridad formal) por antidemocrática.

El punto de inflexión que nos presenta el libro de Castro Arines tiende a llevarnos al respeto con el pasado, a inscribirnos en su realidad temporal, a indagar el lugar como símbolo y significado de su tiempo, a salvar de la destrucción la memoria de un pueblo.

¿De qué pueblo son estas ventanas?, podríamos preguntar. Pasado, presente y futuro siempre han constituido un «continuum activo» que ha servido de experiencia y estímulo, anular el pasado en la ciudad lleva implícito la destrucción de las referencias simbólicas, lo cual comporta la pérdida de la identidad personal.

* * *

FRENTE a la destrucción programada de la ciudad, de la negación de la individualidad y el sentido por la identidad de hombre en términos de uso y convivencia del espacio urbano, frente a los intereses del capital productivo y la especulación inmobiliaria de la ciudad como fábrica, del espacio como solar, de la antinomia entre conservar y producir, ejemplos como los de estas arquitecturas nos invitan a levantar la palabra y la acción para buscar una educación ambiental que desarrolle una ética más humana, que contrarreste el abuso indiscriminado del lugar por los depredadores sociales de nuestro tiempo. La tarea no es imposible, porque, como todos sabemos, «no hay fuerza más irresistible que la de una idea cuyo tiempo ha llegado».

(1) José de Castro Arines. «O libro das galerías galegas». Fotos Antón Buxán. Edición do Castro. 1975.